

EL SECRETO

Caminaba por la calle apresurada, la noche se acercaba a ritmo rápido por esos días de julio, y las sensaciones que aparecían en ella, eran imposibles de acallar. El recuerdo volvía y volvía, insidioso, inevitable.

Tal vez si lo contaba, la mochila sobre sus espaldas sería menos pesada, pero ¿a quién? Durante tantos años Juliana se lo había cuestionado, mil veces, a quién decírselo sin que lo malinterpretara todo. Ella tan introvertida, tan cuidadosa, no se podía permitir que alguien tiñera sus palabras con segundas intenciones.

Caminar por esas calles una y otra vez, la llevaba -por alguna razón que parecía no querer evitar- a repetir esa experiencia que latía por salir de su mente.

Las nueve de la noche en aquel otro invierno de julio con el viento soplando a más no poder, en aquella calle, y en ese recoveco lo vio. Al principio pensó que su miopía le jugaba una mala pasada, que no podía ser, pero al acercarse un poco más la evidencia de que era él fue indiscutible. Él no estaba sólo, qué de malo podía tener eso, estaba acompañado por alguien mucho más joven, una niña, no habría tenido más de diez años.

La extrañeza, la sorpresa, lo inexplicable se plantearon en Juliana de un modo inevitable, ellos en la oscuridad no estaban conversando, era mucho más que eso lo que ella vio y se preguntó por qué ella, precisamente ella, tuvo que estar allí, en ese momento y en ese lugar. Él no era cualquier persona, él era su confidente, era el amigo de la familia, ese hombre maravilloso, siempre atento, siempre dispuesto a la ayuda sin pedir nada a cambio, sin embargo, él, estaba allí y ese secreto comenzó a enquistarse en su mente y en sus fibras.

Se planteó si alguien podría creerle, si no la tratarían de mentirosa y su secreto quedó con ella, año tras año y él siguió yendo todos los domingos a su casa, a la de su familia y a la de otras, con su personalidad arrolladora y con la empatía que generaba en quienes lo conocían.

En algún momento había que desenmascararlo, se decía Juliana, aunque no sabía cuándo. Él no era uno más, era el único sacerdote de ese pequeño pueblo, en donde su palabra era irrevocable y su omnipotencia lo manejaba todo.